

MORIR TEMPRANO

"His sadness gave him complete mastery of himself,
complete calm..."

"Truth is so bitter that the knowledge of it
confers a kind of luxury".

Lawrence Durrell

Muchas veces los dos habían hablado acerca de la muerte. Del cómo y del por qué, y de lo preferible. Habían agotado las posibilidades en esas noches tensas de alcohol que seguían a las reuniones, enmarañadas y tediosas. Eran amigos.

A lo largo de los siempre idénticos pasillos de la clínica veía sólo muy pocas caras que pudiera identificar ahora, después de tanto tiempo. Clara, la que fuera mujer de Antonio, había incluso desdeñado saludarlo. Todo eso era perfectamente claro y comprensible: lo aceptaba como parte de las circunstancias que tenía que afrontar si no con resignación, al menos con deliberada calma.

Apagó el cigarrillo y se encaminó otra vez a la habitación, que Antonio compartía con un anciano. Era tarde. Solamente estaban allí la enfermera y dos jóvenes, tal vez militantes de algún oscuro grupo que dirigiera todavía Antonio. Sus miradas lo atravesaron como si él fuese simplemente otro objeto más, vacías de todo intento de comunicación. Decidió irse; era posible que su amigo, después del accidente, jamás pudiera volver a decir una palabra. Ahora dormía.

Antes de las diez de la mañana, a pesar de la vorágine de actividades que lo reclamaban allí, en la Dirección General, Jorge Ludueña pudo sin embargo llamar a la clínica. Dejó entrever a una muchacha reticente que él era quien, en definitiva, iría a pagar la inevitable cuenta. Así pudo obtener una conversación directa con el Doctor Arrocha, un hombre parsimonioso y exacto.

-Lo que sucede, señor Ludueña, es que todavía no podemos establecer con certeza un diagnóstico seguro.

-Comprendo, doctor, pero eso no es lo que yo le pido. Lo que me interesa es conocer aproximadamente lo que pasa, tener algo así como una descripción, quizás usted me entienda, una primera idea de las cosas. El paciente, de verdad, es un viejo y muy querido amigo.

-Bueno, usted sabe, el caso parece difícil. Tenemos un traumatismo, que yo calificaría como muy preocupante, de la caja craneana. El paciente presenta muy pocos signos vitales. En fin, le repito, el caso es grave.

-Ya veo, pero, ¿cree que sobrevivirá? Ud va a operarlo hoy, verdad?

-Sí, aunque, señor Ludueña, le aseguro que no puedo decirle nada concreto sobre los resultados.

-Pero usted es pesimista...

-Si quiere que se lo diga de una vez, sí. Llámeme esta tarde, después de la intervención, y así podré informarle con mayor detalle. Pero lo admito, no creo que en este caso la ciencia pueda hacer mucho.

La idea de la muerte -la simple, vieja y sencilla idea de la muerte- regresó muchas veces a la mesa de trabajo del Director General. Había un pensamiento que parecía querer apoderarse de él, un ritornello que asumía una gramática concreta y golpeaba con insistencia, como una frase que hubiese leído ya en alguna parte: **Hagas lo que hagas en los días de tu vida, al fin igualmente habrás de morir.** Evocaba la cara de Antonio, joven y fraternal entonces, y se asombraba de la persistencia de su misma memoria. Recordaba hasta frases completas, dichas un cuarto de siglo atrás, en las que su amigo conjuraba la triste muerte burguesa de los ancianos satisfechos, la repugnante saciedad de quienes ya no tenían nada que desear y desaparecían por eso sencillamente de la faz de la tierra. Las muertes arquetípicas, las decisivas acciones de los héroes, el sentido de las cosas y de la historia eran los temas recurrentes. Todo eso, olvidado, regresó durante la mañana soleada, sin angustia pero perturbándolo.

Eran ya casi las cuatro cuando decidió llamar por teléfono a su casa y no a la clínica. Era como si necesitara la proximidad física de las cosas para poder entenderlas, como si esta vez su presencia, aunque inútil, no pudiera omitirse. Cuando llegó al tercer piso vio enseguida a Marissa, al lado del ascensor, en actitud de indefinida espera. Era el único débil vínculo que todavía podía ligarlo a un pasado poco épico y jamás añorado, la existencia de esa mujer solitaria. Ella le informó de inmediato que la operación había terminado hacía muy poco, con palabras en las que el desaliento atravesaba las fórmulas rituales de esperanza. Jorge no se atrevió a relatarle su conversación con el médico, sus conjeturas todavía mantenidas en suspenso. Esperaron, casi siempre juntos, porque Marissa a veces se alejaba para intercambiar algunas frases con los pocos que se acercaron a informarse. Cuatro horas después quedaban sólo ellos entre las frías paredes y el silencio.

Antonio había sido trasladado a una pequeña sala al final del pasillo. El Doctor Arrocha, al irse, había sido aun más parco que antes.

-¿Cómo salió, doctor?

Un amplio ademán, difícil de interpretar, fue toda la respuesta. Con ojos cansados agregó:

-Lo dejo en buenas manos.

Ellos callaron, obligados a la espera. Pero pronto, tímidamente al principio, retornaron al diálogo. No se dedicaron a evocar, como quizás hubiera podido suponerse, las incorruptibles memorias de un pasado que era -por inimaginable- también difícil de modificar. No especularon, tampoco, con vaguedades respecto a la ciencia que los médicos lentamente construían con los siglos. La conversación fue banal y, sin embargo, cargada de sentido. La política de esos días, la economía, los recurrentes temas de la vida cotidiana fueron visitados sin pausa; se detuvieron también a considerar una novela, la última de Vargas Llosa, que parecía indirectamente aludirlos. Al final, ya rota toda esperanza razonable por la actitud reservada del Doctor Arrocha y la impenetrable falta de noticias, acabaron en un bar de la avenida cercana.

Quedaron solos los dos, Marissa todavía queriéndolo de algún modo, él, Jorge, obsesionado siempre por la presencia de una muerte que no había alcanzado aún a manifestarse. Frente a los vasos, en la intimidad de la alta noche, él dijo:

-Es paradójico, es triste en realidad que vaya a morir de esta manera.

-Pero no, no está dicha la última palabra...

-¡Marissa..!

-Ya sé, soy la ingenua de siempre, la última en darse cuenta de las cosas que todos los demás saben. No me lo digas, sigo teniendo la misma fe ridícula de hace veinte años.

-No es eso lo que me preocupa, no es la fe. Todos tenemos que tenerla.

-Entonces, Jorge, ¿qué es? Me siento tan sola. Confundida. No sé.

El pasó por alto esa primera invocación sutil a tantas cosas que no habían compartido pero que en una noche como ésta hubieran podido unirlos. El pensaba en la muerte, en la de él, la única, y como siempre olvidaba momentáneamente a esa mujer huesuda, letárgica incluso en sus vehemencias contenidas. Sostuvo su cabeza, suavemente inclinado, y propuso:

-Toda la vida Antonio afrontó hogueras inquisidoras y recorrió los últimos calabozos para acabar así, en una buena clínica moderna, atropellado en una calle vacía por un camión obtuso.

-Bueno, ¿y qué?, a cualquiera le puede pasar.

-Pero es que no te das cuenta? A cualquiera, sí. Tantas veces hablamos de Sócrates y de la cicuta, de Trotsky y del modo en que lo asesinaron mientras alimentaba a sus conejos, de los que morían en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Parece como si él hubiese merecido más que esto.

-No te entiendo: qué destino quieres encontrarle, Jorge. Yo sé perfectamente que tú no crees en nada de lo que Antonio hace.

-No es eso Marissa. No. Siempre he pensado que la muerte es algo serio que está bastante más allá, bastante lejos de toda ideología.

-Será por eso que pagas tú la clínica?

Hubo una pausa, larga, mientras servían las bebidas. Jorge vivía otra vez la irrealidad de aquellas noches, tan cercanas aún en el espacio, sin la euforia anterior, sin la esperanza. Y mientras él no acertaba siquiera a definir cuál era el problema que tenía ante sí, Marissa, menos cansada pero siempre triste, continuaba tenazmente buscando algo que para ella era de importancia decisiva. Quería todavía encontrar un papel, un cometido, algo que le hiciera sentir nuevamente algún interés en ese mundo que cada día veía más distante de sí.

-Ustedes dos siguieron caminos diferentes, Jorge. Me acuerdo todavía esa mañana, en el "Vesubio", cuando me dijiste que ya tenías un contacto para entrar por fin en el gobierno. Yo estaba horrorizada, me parecía imposible. Pero tampoco pude seguir como Antonio: habían hecho de la revolución una rutina. Para mí fueron demasiados años.

Jorge, como olvidado del dilema, de la disyuntiva sin escapes que ella misma había construido para que la atormentara, le preguntó pensativo:

-¿Cómo piensas tú... cómo te gustaría tu muerte, Marissa?

Ella rió, áspera y amargamente. Pidió más de beber y dijo:

-A veces parece que fueras tú el que no comprende nada. Se trata de vivir, Jorge, no de juegos pueriles.

El entendió el error, la ofensa que habían vertido sin querer sus palabras, pero poco pudo hacer. Ya ella estaba, dolorosamente, desgranando las quejas que formulaba a la vida, recorriendo otra vez la desazón de su destino inconcluso que parecía más nítido ante quien era -en el mundo indubitable de los hechos- un alto funcionario. Pero Jorge ni podía prometer ahora lo que jamás hubiera cumplido, ni podía hacer que le llegara alguna otra forma de consuelo. Y sin oírla casi, en la tibieza del alcohol y de la noche que afirmaba la irrealidad de todo, elaboró por un momento una idea absurda: debía acostarse con Marissa, intentarlo esta vez para que ella pudiera rechazarlo y se sintiera codiciada como mujer, vértice del eterno deseo.

-Es eso nada más -concluía ella- que todo te va empujando hacia decisiones en que tú no decides nada, o algo peor, en que tú decides entre males que no has provocado, de los que no puedes escapar.

El le tocó la mano, se la retuvo unos segundos, pero fraternalmente. Demasiadas cosas habían pasado entre ellos -aunque nunca el amor- como para que ahora pudiese inventar un deseo en el que nadie creería. Sonrió.

-Todos hemos pasado por cosas difíciles, no lo olvides; y no está de más pensar en lo inevitable. Tenemos que ver cómo sigue Antonio, de todas maneras.

Una enfermera de guardia les dijo, sin mucho tacto, que el paciente había fallecido a la una y veintisiete minutos. No entró en innecesarios detalles. Jorge rehusó hacerse cargo de las últimas y desagradables disposiciones; pero entregó a Marissa un poco de dinero, como asegurando su definitiva exclusión de todo aquello.

Condujo muy despacio hacia su casa, después de dejarla, casi sin sueño ni tristeza. No quiso despertar a su mujer: se acostó abajo, en un sofá, mientras bebía un último vaso de buen whisky. Antes de dormirse recordó vagamente la forma en que tendría que defender mañana al ministro, siempre tan torpe en cuestiones financieras.

Carlos Sabino

Caracas, 1987